

"Cuando los tiempos son recios, son necesarios amigos fuertes de Dios" (santa Teresa de Jesús)

En esta segunda edición de la Escuela de Santidad, siguiendo a santa Teresa, queremos aprender a ser **Amigos fuertes de Dios**.

1. "AMIGOS" DE DIOS

"Las llamadas del Señor son una declaración de amor" (san Juan Pablo II). Dios desea entrar en contacto íntimo con nosotros. Dios nos quiere, nos busca, nos ama a cada uno como a hijos queridos, como si fuésemos únicos... Con cada uno quiere establecer una historia de amor. Es ésta una verdad maravillosa, capaz de embriagar el alma con un gozo inmenso: **¡El Señor nos llama a ser sus amigos íntimos!**

Ahora bien, los verdaderos amigos de Dios son los Santos, porque **ser santo no es otra cosa que ser amigo íntimo de Dios**. Por eso Jesús mismo nos dijo: "Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos" (Jn 15, 14-15).

"¡Qué grande es la misericordia de nuestro Creador! -decía san Gregorio Magno- No somos ni siervos dignos y nos llama amigos. ¡Qué grande es la dignidad del hombre al ser amigo de Dios!". Y san Ireneo: "La amistad divina es causa de inmortalidad para todos los que entran en ella".

La "amistad con Dios" es además (y como consecuencia), la **aspiración más alta del alma**, pues como dice san Agustín "nos hiciste para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti". La vida cristiana, que se inicia en el bautismo, culmina en el Cielo, donde, en el colmo de la felicidad, Dios lo será todo en todos, donde se habrá producido la perfecta transformación en Cristo, que es nuestro fin supremo. Por eso la amistad con Jesús aquí nos realiza como personas, porque nos une a Él, nos identifica con Él: "El amor o encuentra iguales a los que se aman o los hace iguales" (santa Teresa de Lisieux).

Ya Aristóteles decía que la amistad es "un alma que habita en dos cuerpos, un corazón que habita en dos almas". Pero si esta amistad la referimos a Dios-Amigo las consecuencias son todavía más sorprendentes: es la experiencia de san Pablo que él la expone de manera sorprendente: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20). Los Santos han sido todos **amigos fuertes de Dios**, y han llegado a transformarse del todo en Él.

En cierta ocasión santa Teresa siendo priora en el Monasterio de la Encarnación en Ávila, bajaba por las escaleras y tropezó con un precioso niño que le sonreía. Teresa sorprendida por ver a un pequeño dentro del Convento se dirige a él y le pregunta: "¿Y tú quién eres?". A lo que el niño le responde con otra pregunta: "¿Y quién eres tú?". Ella le dijo: "Yo soy Teresa de Jesús". Y el niño, con una amplia y luminosa sonrisa, le dice: "Pues, yo soy Jesús de Teresa".

En esta preciosa experiencia se ve bien la relación de amor y de pertenencia mutua a la que se puede llegar con Dios, y a la que los santos han llegado. Como el nombre expresa la vida, tomando el nombre de "Teresa de Jesús", la Santa de Ávila manifestaba que ella era "de" Jesús, que le pertenecía sólo a Él. Y, lo más maravilloso fue que, en correspondencia a esta entrega, Jesús se le manifestó para decirle "Yo también soy tuyo, pues me he entregado por ti".

Por eso la Santa llevaba siempre a Jesús en su corazón: «Imaginad una persona tan enamorada de otra que no se pudiese hallar un punto sin lo que ama. Así estoy yo con Nuestro Señor, consolándome con Él, hablando siempre con Él y de Él».

Aspiremos también nosotros a este ideal. Que podamos decir también y con verdad: "**Yo soy de Cristo**" y "**Cristo es mío**", como lo dijo san Pablo, santa Teresa, y cualquier otro Santo.

2. TIEMPOS "RECIOS"

Santa Teresa escribió de su tiempo:

"Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo — como dicen— pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia".

Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues **tiene tantos enemigos y tan pocos amigos**, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo".

Aquellos fueron tiempos difíciles para la fe, para la Iglesia. Teresa vivió en un siglo trascendental cuando la Edad Media se agotaba y el Renacimiento surgía con fuerza. Tiempo de cambios bruscos e inestabilidades. Surgía un nuevo mundo y la Iglesia, necesitada de renovación, se rompía por el protestantismo. Guerras, revoluciones, herejías, nuevas ideas... que cuestionaban los principios sagrados y estables sobre los que se sostenía la sociedad.

También **hoy vivimos con la sensación de que el mundo está ardiendo**. La crisis post-moderna afecta muy radicalmente a la concepción misma de la persona, a la antropología. El materialismo práctico y el relativismo moral y conceptual aprisionan y amordazan los espíritus. La ideología de género se impone como un dogma tiránico, amenazando implacable la concepción de la familia, del matrimonio, de la moral, de la misma razón o del sentido común... "Hace cien años a todo el mundo le hubiera parecido absurdo hablar de matrimonio homosexual. Hoy todo el que se oponga a él queda excomulgado socialmente" (Benedicto XVI).

Por todo ello vivimos una verdadera revolución cultural y social de consecuencias insospechadas: la familia se desmorona, las redes sociales e Internet están convirtiendo el mundo en una aldea global, se cambian costumbres y tradiciones sociales, y se desdibuja la frontera entre lo real y lo virtual. También tenemos la impresión de que "el mundo está ardiendo" y ese fuego nos amenaza. Vivimos un cambio de época. Algunas certezas:

- Una mentalidad generalizada propone la renuncia a cualquier referencia a lo trascendente.
- La experiencia va demostrando que tal mentalidad resulta cada vez más incapaz de comprender y preservar lo humano.
- La difusión de esta mentalidad ha generado la crisis que vivimos hoy, que es crisis de significado y de valores, antes que crisis económica y social.
- El hombre que busca vivir sólo de forma positivista, en lo calculable y en lo mensurable, al final queda sofocado.

En consecuencia: LA CUESTIÓN DE DIOS ES HOY LA CUESTIÓN DE LAS CUESTIONES (Benedicto XVI). **Hacen falta Santos que testimonien que Dios nos ama y es nuestra única y gran esperanza.**

3. AMIGOS "FUERTES"

"El desafío de una mentalidad cerrada a lo trascendente obliga también a los propios cristianos a volver de modo más decidido a la centralidad de Dios. A veces se pide a los cristianos que su presencia en el ámbito social, en la política o en la economía resulte más incisiva... ¿pero nos hemos preocupado de fortalecer y consolidar su fe? La fe no es un dato adquirido una vez para siempre. En realidad, los cristianos no habitan un planeta lejano, inmune de las «enfermedades» del mundo, sino que comparten las turbaciones, la desorientación y las dificultades de su tiempo.

Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho, Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida. **La primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón**, para que el Bautismo que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra pueda realmente transformarnos" (Benedicto XVI).

Hacen falta ¡Amigos fuertes!... Es decir, amigos incondicionales, amigos de verdad, amigos que nunca fallen al Señor...

"Toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese" (Teresa de Jesús)

Nuestro tiempo requiere con urgencia estos amigos fuertes, en cuyos corazones habite Cristo por la fe, y que su amor sea su "raíz y vuestro cimiento» (Ef 3,14-17)

Esta AMISTAD FUERTE:

1º. No es algo inalcanzable. Es **para todos** los cristianos. Pero es un proceso de gracia. Llegar a "vivir como vivió Cristo" nos puede parecer algo inalcanzable, pero, como le dijo el Ángel Gabriel a la Virgen María, "*para Dios nada hay imposible*" (Lc. 1,37).

2º. Es esencial aprender **el arte de la oración**: Aprender a "*estar muchas veces a solas tratando de amistad con quien sabemos nos ama*" (Santa Teresa de Jesús). "*Será fácil, pura, fuerte la amistad, si está sostenida y alimentada por aquella peculiar y sublime comunión de amor, que un alma cristiana debe tener con Cristo Jesús*" (S. Pablo VI).

3º. Saber dar **testimonio** de Jesús. Hablar de Él, trabajar para que sea conocido y amado. Ser apóstol suyo.

4. LOS TESTIGOS

¡**Hoy hacen falta testigos!** Las palabras convencen, los ejemplos arrastran. Estamos cansados de palabras, de teorías huecas, de tanta palabrería. Decía Pablo VI que el mundo actual, antes que maestros, necesita testigos; y que si escucha a los maestros es porque primero son testigos. **Los santos y los mártires** son los verdaderos testigos que nos hablan con su vida, y los mártires también con su sangre.

El siglo XX ha sido el siglo de los mártires. Así lo calificó san Juan Pablo II:

"La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires: "*Sanguis martyrum - semen christianorum*". Los acontecimientos históricos vinculados a la figura de Constantino el Grande nunca

podrían haber asegurado el desarrollo de la Iglesia tal como ocurrió durante el primer milenio si no hubiera sido por las semillas sembradas por los mártires y el patrimonio de santidad que marcó a las primeras generaciones cristianas. Al final del segundo milenio, la Iglesia se ha convertido una vez más en una Iglesia de mártires. Las persecuciones de creyentes—sacerdotes, religiosos y laicos— ha provocado una gran siembra de martirio en diferentes partes del mundo. (...) **Este testimonio no debe ser olvidado.** La Iglesia de los primeros siglos, aunque se enfrentaba a considerables dificultades organizativas, se ocupó de escribir en martirologios especiales el testimonio de los mártires. Estos martirologios se han actualizado constantemente a través de los siglos, y el registro de los santos y los beatos lleva los nombres no sólo de aquellos que han derramado su sangre por Cristo, sino también de maestros de la fe, misioneros, confesores, obispos, sacerdotes, vírgenes, parejas casadas, viudas e hijos.

En nuestro propio siglo han regresado los mártires, muchos de ellos sin nombre, "soldados desconocidos", como si fuera de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible, su testimonio no debe perderse para la Iglesia. El *martyrologium* de los primeros siglos fue la base de la veneración de los santos. Al proclamar y venerar la santidad de sus hijos e hijas, la Iglesia dio el honor supremo a Dios mismo; en los mártires veneraba a Cristo, que estaba en el origen de su martirio y de su santidad".

"La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de su historia. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que **dieron testimonio de la fe** con sufrimientos a menudo heroicos. ...

¡Y son tantos! **Su recuerdo no debe perderse**, más bien debe recuperarse de modo documentado. Los nombres de muchos no son conocidos; los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores, que añadieron al martirio la ignominia; los nombres de otros fueron ocultados por sus verdugos. Sin embargo, los cristianos conservan el recuerdo de gran parte de ellos.

Estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, a los que nos referimos con gratitud y veneración, son como un gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX. **Un mural del Evangelio de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre...**

Que permanezca viva la memoria de estos hermanos y hermanas nuestros a lo largo del siglo y del milenio recién comenzados. Más aún, ¡que crezca! Que se transmita de generación en generación para que de ella brote una profunda renovación cristiana. Que se custodie como un tesoro de gran valor para los cristianos del nuevo milenio y sea la levadura para alcanzar la plena comunión de todos los discípulos de Cristo".

"Los mártires son los más convincentes apóstoles y misioneros de Cristo y de su Evangelio... Son la prueba más convincente de la bondad y la belleza de la Buena Noticia... ¿Cuál es la energía interior que sostiene al mártir cristiano ante los suplicios más atroces? Es **la caridad, la virtud suprema del mártir**, que va al suplicio, no con odio en el corazón, sino con el fuego sagrado de la caridad, encendido en el corazón misericordioso de Dios.... El papa Francisco afirma que 'la Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción'. Los mártires, como Jesús, siguen atrayendo desde sus cruces nuestros corazones a la caridad de Dios" (Card Amato)



Francisco Castelló Aleu. "Parecía que iba a una fiesta"

San Cipriano se dirigió así a los mártires: *¡Feliz cárcel, dignificada por vuestra presencia! ¡Feliz cárcel, que traslada al cielo a los hombres de Dios! ¡Oh tinieblas más resplandecientes que el mismo sol y más brillantes que la luz de este mundo, donde han sido edificadas los templos de Dios y santificados vuestros miembros por la confesión del nombre del Señor.*

El testimonio martirial de este joven catalán, Francisco Castelló, se levanta como una verdadera piedra viva para nuestra fe. De él comentó el Papa Pío XI, tras leer sus últimas cartas de la cárcel: *"Este joven será uno de los primeros mártires de España y modelo de los jóvenes de Acción Católica del mundo"*. El Papa acertó.

Inteligente y gran apóstol

Francisco de Paula Castelló y Aleu nace en Alicante, el 19 de abril de 1914 y fue bautizado el día 1 de mayo del mismo año. Tenía sólo dos meses cuando su padre, José Castelló Salué, que era obrero industrial, muere en Alicante. Su madre, Teresa Aleu Andreu, cristiana ejemplar y excelente maestra y educadora, se tiene que hacer cargo de la educación de los tres hijos. La enseñanza primaria la van recibiendo tanto Francisco como sus dos hermanitas Teresa y María, mayores que él, en los pueblos por los que pasa la madre en sus destinos de maestra nacional. En Juneda, uno de esos pueblecitos, recibió por primera vez en la Eucaristía al Señor por el que un día ofrecería su vida.

En 1924, ya en Lleida, empieza, interno en el colegio de los hermanos Maristas, el bachillerato. Y pocos años después, muere su madre cuando apenas cuenta él 15 años. A partir de entonces, será su tía paterna, María Castelló, la que con solicitud maternal, se hará cargo de los tres hermanos.

Para hacer los estudios universitarios se trasladará a Sarriá (Barcelona) al prestigioso Instituto Químico, con brillantes calificaciones. En 1934 obtiene su licenciatura en Química, reconocida por la Universidad de Oviedo.

Su fuego apostólico era grande. Enseguida se vincula a grupos de vida cristiana para vivir y vigorizar su fe. En Lleida perteneció a las Congregaciones Marianas, y en Barcelona, en 1931, formó parte de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña (FEJOC): los fejojistas, una rama de la Acción Católica de España que acabó siendo su asociación predilecta. En marzo de 1932 hace Ejercicios Espirituales de seis días con el P. Román Galán SJ que le afianzan en su amor a Jesucristo y en sus deseos de santidad en la vida ordinaria.

En 1935 vuelve a Lleida para trabajar como Ingeniero en la Casa Cros, donde llegaría a ser jefe de sección. Allí se le recuerda, no sólo como trabajador responsable, sino como compañero servicial preocupado por ayudar a todos. Alguno de los compañeros de entonces nos hace esta confidencia: "por la noche nos reunía en su gabinete de trabajo a varios obreros y nos daba lecciones de química, matemáticas y otros conocimientos".

Sin embargo, su preocupación social y humana por los necesitados no se ceñirá al ámbito del trabajo; en colaboración con otros que compartían su misma inquietud, ayudaba y enseñaba el catecismo y daba clase en una escuela tanto para los niños y niñas como para adultos, en el "Canyeret" un barrio marginal.

También tuvo novia. Estuvo prometido con María Pelegrí, a la que dedicará una conmovedora carta instantes antes de ser ajusticiado.



"¡Sí, soy católico!"

La guerra civil le sorprende mientras realizaba el servicio militar. Allí es denunciado por uno de los comandantes, a causa de su condición de católico y su reconocido compromiso con la Iglesia. Después de diez días de arresto, el 29 de septiembre de 1936, el Tribunal Popular de la Paeria de Lleida (Ayuntamiento) lo condenó a muerte.

- "Sí, soy católico" dijo sin vacilar, cerrando así el interrogatorio. Estas palabras certificaron su condena a muerte, después de haberle acusado de fascista por el hecho de encontrar en su casa y en la fábrica libros en alemán e italiano, que eran de estudio de su ingeniería química.

Ese mismo día, cerca de la medianoche, lo sacaron de la celda y lo condujeron hasta el cementerio de Lleida. Durante el traslado **iba alegre, cantando alabanzas a Dios y afirmando su fe y su amor al Señor y a los hermanos**. "Parecía que iba a una fiesta", decían los que le vieron.

Al llegar al lugar de la ejecución, gritó con una fortaleza y una serenidad impropia del momento, pidiendo, por favor, que le escucharan. En el silencio oscuro y misterioso que se hizo, se oyó su voz serena: **"Os perdono a todos. Hasta la eternidad"**.

Inmediatamente fue ejecutado en las tapias mismas del cementerio. Le dispararon a quemarropa con arma de fuego junto a otros compañeros soldados y católicos como él. A todos los arrojaron a una fosa común y los cubrieron con cal viva. Tenía 22 años.

La misma noche de su muerte escribió en la cárcel provincial de Lérida tres cartas que expresan bien los sentimientos del soldado de Cristo dispuesto a dar la vida por su Señor y la Fortaleza sobrenatural que le inundaba de gozo. **"¡Feliz cárcel que traslada al cielo a los hombres de Dios!"**, pudo decir también él con san Cipriano. Los destinatarios son sus hermanas y su tía, el jesuita P. Román Galán y su prometida.

"Os dejo con pena"

La carta que dirige a sus hermanas y tía transpira sólida fe y ardiente esperanza, y un total abandono en los planes divinos:

*"Acaban de leerme la pena de muerte y nunca he estado más tranquilo que ahora. Tengo la seguridad que esta noche estaré con mis padres en el cielo. Allí os esperaré a vosotras. La Providencia de Dios ha querido escogermelo como **víctima de los errores y de nuestros pecados**. Yo voy con gusto y tranquilo a la muerte. Nunca como ahora tendré tantas probabilidades de salvación. Ya se ha acabado mi misión en esta vida, **ofrezco a Dios los sufrimientos de esta hora**. No quiero de ninguna manera que lloréis: es lo único que os pido. Estoy muy contento. Os dejo con pena a vosotras que tanto os quería, pero **ofrezco a Dios este afecto y todas las ataduras que me retendrían en este mundo**.*

A cada una le dedica palabras de consuelo y cariño:

Teresina: ¡sé valiente! ¡No me llores! **Yo soy el que he tenido una suerte inmensa, que no sé cómo agradecer a Dios.** Perdona las penas y sufrimientos que te he causado involuntariamente. Siempre te he querido mucho. No quiero que llores ¿de acuerdo?

María: pobre hermana mía. Tú también serás valiente y no te afectará este golpe de tu vida. Si Dios te da hijos dales un beso de mi parte, de su tío que **los amará desde el Cielo.** A mi cuñado un fuerte abrazo. De él espero que os ayude en estos momentos, y sabrá sustituirme.

Tía: en este momento siento un agradecimiento profundo por todo lo que ha hecho Vd. por nosotros. Dentro de unos años **nos encontraremos en el Cielo.** Sepa gastarlos con generosidad de todo tipo. Desde el Cielo rezará por Vd. éste que tanto la quiere.

Y termina enviando recuerdos a muchos amigos y compañeros a los que sería imposible enumerar: **“decíles que muero contento y que me acordaré de todos ellos en la otra vida”.**

El compresor de amoníaco

Al Padre Galán le dice con pulso firme: **“Le escribo estas letras estando condenado a muerte y faltando unas horas para ser fusilado. Estoy tranquilo y contento, muy contento. Espero poder estar en la gloria dentro de poco rato. Renuncio a los lazos y placeres que puede darme el mundo y al cariño de los míos. Doy gracias a Dios porque me da una muerte con muchas probabilidades de salvarme”.**

Le habla después de sus inventos en el campo de la ingeniería química. Francisco es un santo con los pies en el suelo, no es un espiritualista que esté fuera de la realidad. Todo lo humano le interesa. Le encanta su profesión. Disfruta con lo que hace, trabaja para el bien de los hombres y sabe que con ello da gloria a Dios:

“Tengo una libreta en la que apuntaba las ideas que se me ocurrían (mis inventos). Haré porque se la manden, es mi pobre testamento intelectual. Fijese en el compresor de amoníaco. El mercurio puede sustituirse por un líquido cualquiera, en circuito cerrado, las válvulas, por válvulas metálicas y la presión por una simple bomba centrífuga con presión (Sigue un dibujo a mano que ilustra el escrito) y añade: Le estoy muy agradecido. Rogaré por usted”.

“Una alegría intensa me invade”

La carta a Marionna, su novia, es la que más impresiona. Es un gozoso canto de esperanza sobrenatural, y la que mejor expresa la desbordante alegría que le embarga. Después de ofrecer a Dios el amor **“intenso puro y sincero”** que le tiene, añade:

“Me pasa una cosa extraña: no puedo sentir ninguna pena por mi suerte. Una alegría interna, intensa y fuerte me embarga. Quisiera escribirte una carta triste de despedida, pero no puedo. Estoy rodeado de ideas alegres como un presentimiento de la Gloria”.

Y concluye: **“Quisiera hablarte de lo mucho que te habría querido, la ternura que te tenía reservada, de lo felices que habríamos sido. Pero para mí todo eso es secundario. Tengo que dar un gran paso. Una cosa tengo que decirte: cástate si puedes. Yo desde el Cielo bendeciré tu unión y tus hijos. No quiero que llores, no quiero que lo hagas. Siéntete orgullosa de mí. Te quiero. No tengo tiempo de nada más. Francesc”.**

San Juan Pablo II, que lo beatificó el día 11 de marzo de 2001 en la Plaza de San Pedro junto con otros 232 mártires de la misma persecución religiosa, dijo de él que **“ofreció su vida como un sacrificio de amor a Dios y a sus hermanos”,** y que sus tres cartas son **“ejemplos de fuerza, generosidad, serenidad y alegría”.**

PARA ORAR

«Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (Efesios 3,17)

La presencia de Cristo en el corazón del cristiano es vital para el fortalecimiento de su vida. El fortalecimiento del ser interior viene cuando Cristo fija su residencia permanentemente en el interior de una persona. Así, como en Cristo, el amor será nuestra raíz y nuestro cimiento.

La palabra **“habitar”** no es solo estar en el interior de la casa, que es el corazón del creyente, sino de **“estar allí como en casa”,** totalmente instalado como un miembro de la familia y no como un extraño o un usurpador. **Hay que acogerlo y dejar que Cristo habite en nuestra vida.** Es necesario el arrepentimiento y pedir perdón al Señor. Si queremos honrar a Cristo debemos acogerlo en nuestro corazón y, para ello, en necesario guardar sus mandamientos, pues, Él mismo nos dijo: **«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn. 14,23).**

Dejemos que Cristo habite en cada uno por medio de la fe y la obediencia a su palabra. **Es hora de limpiar nuestra casa para que Cristo habite en nosotros como debe ser.** **«Conozco tu conducta... yo, a los que amo, reprendo y corrijo; se, pues, ferviente y arrepiéntete. Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Apoc. 3,19-20).**

Cuán admirable es que Cristo viva en nuestros corazones, que se sienta como en casa, que gobierne nuestras vidas y nosotros le obedezcamos. Dejemos que todas las áreas de nuestra vida estén llenas de la presencia de Cristo, así, haremos una gran fiesta en su honor. **Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones.**

Debemos tener a Jesús constantemente delante de nuestros ojos para inflamar nuestro amor por Él y obtener un conocimiento más profundo suyo. Para ello, **el corazón debe estar lleno de Él:** de su amor que brota hasta rebosar de nuestro interior. De ahí que el Apóstol ore diciendo: **«Que habite Cristo [...] en vuestros corazones».** Mira cuán cerca desearía él que estuviese Jesús. No podrías contar con alguien más cercano a ti que quien está en tu corazón. **«Que habite...».** No que pase a verte algunas veces, como lo hace un visitante casual que entra en una casa y se queda en ella a pasar la noche; sino que habite: que Jesús llegue a ser el Señor y el Morador de lo íntimo de tu ser para no irse jamás de allí.

«Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones»—el corazón es la mejor estancia de la casa de un hombre—. No solo en tus pensamientos, sino también en tus emociones; no meramente en las reflexiones de tu mente, sino igualmente en los sentimientos de tu corazón. **Debiéramos suspirar por un amor a Cristo de carácter permanente.** No uno que alumbrá por algún tiempo y luego se apaga lentamente en las tinieblas de unas pocas ascuas; sino una llama persistente, alimentada con combustible sagrado como el fuego del altar, que nunca se apaga. Esto no puede lograrse sino por la fe. **La fe tiene que ser fuerte; de lo contrario el amor no será ferviente.** La raíz de la flor debe estar sana; de otro modo no podemos esperar que dicha flor sea fragante. La fe es la raíz del lirio y el amor es su flor.

Pidamos ser capaces de confiar en Cristo para que lo amemos perpetuamente.

“¿Qué más queremos que tener un tan buen Amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo?” (Santa Teresa)